

## El segundo caminante

Pisaba cada línea de la vereda con determinación y un poco de rabia. Quizás ese ritual urbano calentaría ese extraño infierno helado que era la ciudad en los meses de frío. Pero también consideraba la posibilidad de que no fuera ningún consuelo, sino que cera caliente cayendo desde las orgiásticas catedrales de la comarca en su cabeza. Imaginaba su final como el de esos hombres anónimos que se encontraba cada tanto en el camino, con sus gestos congelados entre bolsas y sombras. No era fácil, no se sentía como una ficha que saltaba cómodamente por el tablero. En lo único que se parecía a ellas es que jugaba a un extraño juego. Por momentos no sabía que significaban esos nombres y números que se repetían en el laberinto de calles perpetuas.

Estar a punto de gritar en medio de tanto silencio era una sensación extraña. Sentía como si no caminara. Más bien era como estar acostado en una cama colocada en la oscuridad rodeado de sombras que lo rozaban buscando espejos. Pero se hacía el desentendido. Después de todo, los fantasmas no son sabuesos que olfatean el miedo. Así también lo hacía cuando se despertaba en las noches con los latidos de su corazón acelerado por sentir el contacto de las manos frías que se escurren como peces al prender la luz. Sin dudas no era un problema de cubiertos puestos ordenadamente en la mesa o servilletas dobladas en la costura. No era una de esas trabas mentales que los hombres de la ciudad llevan tan tranquilos como bufandas. Hacía tiempo que había pasado a las ligas mayores. Ya sabía que cuando el gas está cerrado lo está. Además, una servilleta jamás estaría perfectamente doblada. La resignación sabia lo había vuelto más despreocupado. Si no fuera por eso. Sentía que no era sólo un juego en el que era creador y participante, sino que había alguien más esperando sus movimientos bajo las sábanas blancas. Más de una vez en su niñez se puso ese manto blanco y se miró en el espejo esperando que las sombras se asustaran. Pero sólo se escucharon unas carcajadas macabras mientras unos gusanos danzaban en el lavamanos.

Era una obsesión extraña, no logro convivir con ella, más bien lo asfixiaba cada vez más con el paso del tiempo, como una boa paciente. Sus nervios destrozados estaban transformando sus días en una fiesta en la que se prendían y apagaban luces. Él no había sido invitado y tampoco quería estar ahí, contemplaba desde un rincón anónimo como las sombras bailaban al compás del neón. Sin embargo, sentía que todas las miradas estaban sobre él. Cuando las agujas del reloj sonaban como tacones apresurados se desesperaba. Intuía los pasos silenciosos incluso cuando recuperaba la calma. Cuando estaba en su casa pegaba la espalda a la pared. La sombra se acercaba hasta que descubierta corría escapando como una pantera sobre los techos. Hasta los gatos que contemplaban a ese mago negro escapando ronroneaban mansos de miedo. Otras veces se acercaba lento, por su espalda. Midiendo cada uno de sus movimientos y su mirada, se abalanzaba de un momento a otro sobre él. Desesperado, le pegaba una última mirada fulminante que la convertía en un resplandor en el espejo o una prenda negra tirada en un rincón que bien podía ser los sostenes de una bruja.

Después de bailar tangos siniestros con esas mujeres de vestidos negros y cinturas afiladas que invadían las habitaciones y baños de su hogar, sentía que su corazón reventaba. Lo ahogaba con vasos de agua hasta que el hipo suponía una tregua. Hoy la presencia estaba más cercana que nunca. Era un día largo que jamás iba a terminar. Tal vez era la luna llena que inundaba todos los rincones y jugaba con las sombras de puñal en mano, acercándolas a él. Hay siluetas que es mejor no ver, esculturas hechas por un escultor sombrío. También podía ser la caminata por la ciudad la que aumentaba su inquietud, no podía proteger su espalda. Para que engañarse, estaba en su peor crisis. Era la hora de poner sus propias fichas sobre el tablero. Si las perdía, al menos serían marcadas con sangre.

Y es que las obsesiones no se pueden parar. Una vez que cobran la fuerza que las convierte en tales, generalmente es muy tarde. Romper un espejo no es romper todos los espejos. No importa cuantos semáforos trucados les pongamos delante, el único modo de pararlas es anular la partida. El semáforo en rojo hoy no existe para el muchacho que pasa en su

auto nuevo al lado del extraño caminante. Cuadras más adelante el mismo rompe el parabrisas como si fuera un espejo que sólo devuelve rostros desfigurados. Segundos después demuestra que aunque podía volar no es Superman. En la ciudad nos confundimos a veces con la dureza de las miradas y el paisaje. Finalmente estamos hechos de lágrimas, son lo único que aflora en nacimientos y funerales. El cemento le arrebató su capa. Después del estallido de vidrios y huesos el silencio vaga por la ciudad mientras los cables sobre él llevan zumbando la noticia. El teléfono no se escucha bien porque hay sirenas de fondo. Una madre contesta y una voz helada que no es la de un policía le comunica a su madre que su hijo se fue volando lejos, pero no a una isla paradisíaca. Las obsesiones son seres demoníacos que no tienen conciencia hasta lograr su meta, que en el camino nos hacen creer nuestra. Y se burlan, y disfrutan del camino que nosotros creemos tan solemne y soñoliento. Pero las risas que duermen atrás del espejo nos demuestran lo contrario.

El silencio sigue corriendo impaciente hasta que tropieza con un transeúnte que camina con las manos en los bolsillos como si nada pasara. No debería fingir esa indiferencia, como el miedo, también es un imán. Unos brazos verdes se asoman entre los barrotes. Muchos caminantes han caído en ese embrujo conspirado por las flores y una vez metida su propia mano en esos prados nocturnos no les es devuelta. Las plantas le susurran al caminante, su sangre es mi limosna, mi sueldo el de cuidador traicionero nocturno, aliado de la noche que siempre paga con algún trozo de carne.

Los remolinos de viento cobraban presencia material vistiéndose de hojas y se acercaban imitando formas de personas y animales, caballos que levantaban su cuerpo majestuoso y brindaban con una copa vacía en sus manos al caminante. Ávidos esperan los remolinos tomar el licor de su miedo como si fuera el único modo de olvidar el trance desgraciado y agrio de la muerte. A veces le levantaban la falda a las mujeres de falda negra, esos otros demonios a los que les acarician las piernas extrañando mujeres de otros mundos. A veces pensaba en correr, pero sería peor. Esos fantasmas de bohemios muertos correrían tras él

como perros hambrientos y después de devorar su sombra lo harían caer. Ya indefenso en el suelo no había posibilidad de escape. Por eso tan sólo seguía caminando lento, sin saber hasta cuando ni hasta donde. Ahora atravesaba un pastizal que parecía infinito, los mosquitos y los remolinos de viento susurran canciones mientras mueven el pasto.

Tampoco consideraba la opción de quedarse quieto hasta que se hiciera de día, o unos pocos minutos. No era el frío, sentía que era una osadía demasiado grande quedarse parado en ese lugar, entre esas varas de caña dulce. A esa hora no sería más que otra caña dulce esperando ser cortada de cuajo. Tenía que seguir, llegaría de nuevo a la seguridad de su hogar y en el agua tibia todo esto parecería una broma. Sale de nuevo al cemento. Casi podía sentir la tibieza y el agua caer, pero estaba ahí, era otra hoja más en los árboles que lo rodeaban. Pero él tenía miedo, los árboles agitaban sus brazos queriendo decir algo, pero en un lenguaje tan horrendo que prefería ser sordo. No se dejaría vencer tan fácilmente por la ciudad y sus comentarios sobre lo que sucedía en su cabeza. Ese territorio que es tan de uno y tan de otros. Después de todo, ella con cada paso suyo también se sentía expuesta a ser descubierta hasta el pliegue más secreto de su piel tersa.

Aferraba la razón entre sus dientes que castañeaban aunque no hacía tanto frío, sus manos sudaban aunque caminaba entre autos de vidrios escarchados que parecían estar ocupados. Estaba pálido, mareado por el ir venir de las olas de ese mar negro que se agitaba como una bandera siniestra alrededor de la desprotegida barca que era él. Su razón era débil, un cuchillo oxidado pero útil todavía. La valentía más grande es la de las peleas libradas en la soledad. Se sentía capaz de ganar en ese juego que era tan suyo pero con reglas ajenas. Había una movida perfecta, lo sabía. Un día ese pensamiento que era suyo tomo una bifurcación y mientras el caminaba derecho un auto lleno de botellas y un siniestro conductor llevaba una foto suya en el asiento del acompañante. Pero esa condena no podía ser eterna, no la merecía.

Si el camino hubiera sido más corto a lo mejor hubiera llegado. Al doblar una esquina un rostro indescriptible lo sorprendió. Y claro, ya era muy tarde. En los vaivenes del delirio tuvo la ocurrencia de que la única forma de vencer la obsesión era ignorarla, dejar que la sombra se abalance de una vez por todas y se convenciera de que las sombras no pueden tocarnos.

Ahora estaría acostado en la arena mientras las palmeras abanicaban el aire tibio que hamaca su cabeza, como si fuera un asaltante de bancos que logró ganar en el juego del todo o nada. Estaría en el agua tibia, con una sonrisa esbozada en sus labios. Pero los caminos de la vida y de la ciudad son iguales. Un cuchillo siempre es probable. Pero alguien se acuesta alegre siempre, aunque él se acostó con un extraño dolor que era como mil puñaladas en su espalda, las veredas bebieron la sangre como tierra seca y le convidaron en copa a demonios y enredaderas. Agradecidas, desde ese día hay veces en que advierten a algunos caminante, agitando sus brazos verdes como banderas traicioneras.